

Premio
PLANETA
1967

ÁNGEL
Ma DE LERA
Las ÚLTIMAS
BANDERAS



La acción de *Las últimas banderas* se desarrolla en pocos días, justamente entre la constitución del Consejo o Junta del coronel Casado y los que inmediatamente siguen a la ocupación de Madrid por las tropas nacionales y desvela, por lo tanto, uno de los episodios más oscuros y dramáticos de la contienda. El autor sitúa en primer plano los problemas personales y humanos —la angustia y la incertidumbre— de unos personajes en los momentos que preceden al naufragio inevitable y total de su mundo, y relega a segundo término el acontecimiento histórico propiamente dicho, si bien su gravitación inexorable se percibe en cada momento de la narración, como su propia atmósfera oprimiente y fatal. Además, Lera ha intercalado hábilmente capítulos retrospectivos con los que logra dar el contrapunto y ofrecer, al mismo tiempo, un gran panorámica del conflicto político-militar, siempre visto éste desde el campo republicano. Sólo piensan, hablan, actúan, gozan y sufren en *Las últimas banderas* los que luchan al lado de la República.

En recuerdo de mi madre y de todas las
madres españolas que lloraron la guerra civil.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta —no fue por estos campos el bíblico jardín—: son tierras para el águila, un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín.

Antonio Machado

I

Al pasarse los dedos por la revuelta cabellera, sonó un lejano cañonazo y Federico sorprendió en el espejo cómo se movían sus labios al decir:

—Ya están zumbando éstos como todas las tardes —añadiendo después de una mirada a su reloj de pulsera—: Claro, es su hora.

Había abierto el grifo del agua mientras tanto y comenzó sus abluciones entre resoplidos.

—No te entretengas mucho —dijo entonces una voz de mujer en la habitación inmediata—. Se me está haciendo tarde.

Siguió un breve silencio y, mientras se secaba con la áspera toalla, Federico volvió a hablar:

—No te apures. Te llevaré en el folitre.

—¡Ni hablar! Prefiero el «metro».

—No me digas... ¿Por qué, Matilde?

—Pues porque te estarán esperando abajo tus compañeros y no me hace gracia verme entre tantos hombres.

—¿Es que se han metido alguna vez contigo? —volvió a preguntar Federico con el peine en alto, mirándose sus propios ojos en el espejo.

—No, claro que no.

—Pues entonces...

—Que no me gusta ir en pandilla, vaya.

—Está bien, mujer. Como tú quieras.

Volvieron a resonar los cristales con las explosiones, y Federico exclamó:

—Parece que están hoy más furiosos que nunca.

Y abandonó el cuarto de baño encogiéndose de hombros y murmurando:

—No sé cuándo se van a enterar de que así no conseguirán nunca nada. Eso de bombardear la Gran Vía a la salida de los cines...

Matilde, que se deslizaba de la cama, le interrumpió:

—Es la guerra, hombre.

—Ya. Ésa es la manera de justificarlo todo, ¿no?

Los pies desnudos de Matilde buscaban a tientas los viejos zapatos sobre la alfombrilla.

—Haber pensado eso antes de liaros la manta a la cabeza.

—¿Quiénes, nosotros?

Matilde se echaba sobre los hombros el raído abrigo de paño color marrón.

—Vosotros y ellos.

Federico la vio correr después, escalofriada, hacia el cuarto de baño. Le sonrió al pasar junto a él y el hombre advirtió, una vez más, la graciosa imperfección de aquellos dos dientes superiores, un poco separados, y la fuerza expresiva de sus oscuros ojos.

Lentamente, empezó a vestirse los pantalones de jamón. Sus altas botas militares aguardaban, tiesas, junto a una butaca, donde fue a sentarse después de tirarse de la entrepierna hacia arriba. Entonces se oyeron los resoplidos y los grititos entrecortados de Matilde bajo el chorro de agua fría de la ducha, que no cesaron hasta que él terminó de calzarse.

La noche se asomaba por el balcón de la gran alcoba, que daba a una calle estrecha. Sus cristales, opacos por la suciedad y los papeles engomados que los cuadriculaban y que pendían ya como pingajos, habían ennegrecido completamente. No resplandecía más luz que la de la lamparita de noche, demasiado débil ya contra las sombras que brotaban de los rincones, y Federico antes de encender la lámpara central, cerró las contraventanas y corrió los ajados

cortinajes cuyas argollas oxidadas chirriaron sobre la barra de latón. Desde donde estaba recorrió todo con la vista: el armario de luna entreabierto, el tocador, las dos butaquitas, las mesitas de noche y, por último, el gran lecho de metal blanco, sobre el que se veían algunas prendas de Matilde.

Sonó, vibrante, el timbre del teléfono y Federico se dirigió lentamente hacia la mesita de noche donde descansaba, y descolgó el auricular. Escuchó unos segundos y luego replicó:

—Bien. Ahora bajo. Es cosa de diez minutos —e iba a colgar, pero se detuvo para preguntar—: Pero ¿estáis todos? ¿Qué no ha llegado todavía Casanova? Pues como se ande con bobadas va a tener que volver a pie al frente.

Después de dejar el teléfono fue hasta la puerta del cuarto de baño y dio en ella con los nudillos.

—Date prisa, Matilde, que ya me está esperando el foliote.

—En seguida salgo —y tiritaba al decirlo—. Pero no entres.

Federico sonrió levemente, pero apenas duró en sus labios el brillo de la sonrisa. Al mirar de nuevo en derredor, su rostro, atezado por la intemperie, se ensombreció. Habían cesado los disparos de cañón y, asimismo, los ruidos en el cuarto de baño. Un silencio triste, sórdido y friolento parecía bostezar en la habitación. Muebles y enseres denotaban descuido y vejez. Durante tres años, nada se había renovado, ni repuesto, ni arreglado allí. ¿Quiénes habrían pasado por allí en tantas noches de angustia y de zozobra?

Federico tomó del armario la guerrera de pequeñas solapas. Después de abrochársela, sacose el abierto cuello de la camisa militar y se ciñó el correaje, del que pendía la funda con su Star 7,65. Por último, cogió el capote y la gorra de plato, que dejó sobre la cama. Aún se volvió a mirar en el espejo para echar una última mirada a su atuendo mientras se lustraba con la bocamanga el «huevo frito», la insignia que indicaba su adscripción a los servicios de Estado

Mayor. Sus tres barras doradas de capitán bajo la estrella roja de cinco puntas, tenían ya deslucido, y hasta deshilachado, el hilo de oro.

—¡A tus órdenes, mi capitán!

Federico se volvió. Ante él estaba Matilde, sonriente, oliendo toda ella a jabón de tropa. Era muy delgada, pero con todos los perfiles de mujer bien marcados. Se había pintado un poco los labios, lo que hacía resaltar más aún la palidez del semblante y el sombrío resplandor de sus ojos. Quiso abrazarla, pero ella se le escurrió de entre los brazos, diciendo:

—Espera a que termine de vestirme. Estoy lo que se dice heladita.

—Con estas duchas de agua fría que te pegas, no me extraña que tengas frío, ni que cualquier día agarres una pulmonía —dijo él, muy serio.

—¡Y qué se le va a hacer, hijo! No va una a dejar de asearse porque ya no sepamos ni cómo es el agua caliente —y Matilde introducía ya la cabeza por el tubo del vestido.

—Tienes razón, pero...

—No te preocupes, hombre. Esto ya no puede durar mucho. Federico no replicó y ella, mostrando la cara por el escote del vestido, preguntó:

—¿No te parece? La guerra está dando las boqueadas. Es lo que dice todo el mundo, hasta los más responsables.

—¿Sí? Me gustaría saber quiénes son esos tipos —masculló él.

—Mandamases. Yo no oigo otra cosa desde que el Gobierno se marchó a Francia.

—Mandamases... —y Federico se volvió de espaldas para recoger el capote y la gorra. Matilde, que seguía de reojo todos sus movimientos, insistió:

—¿Y qué piensas tú? Pero él le preguntó:

—¿Has terminado ya?

—No. Estoy esperando que me contestes.

Federico se volvió y ambos se miraron fijamente. Luego, él se acercó a ella, dejando antes otra vez sobre la cama el capote y la gorra, y le puso las manos sobre los hombros.

—No quiero ni pensarlo, ¿sabes? —murmuró:

—Está bien, pero eso no resuelve nada, Federico.

—¿Y qué tengo yo que resolver?

Los ojos del capitán parecían traspasarla, como si tratasen de ver algo más allá de ella y de las paredes de la habitación, y Matilde apartó sus ojos de los de él y comenzó a alisarse las arrugas del vestido.

—Es algo en lo que no quiero pensar todavía, ¿entendés? —dijo él, añadiendo—: No me gusta la guerra. Nunca me ha gustado, pero he tenido que hacerla, que es lo más triste, y ahora...

Matilde buscó sus ojos.

—Te duele, ¿verdad? —le interrumpió.

—¿Qué si me duele? No lo sabes tú muy bien. Entonces, ella dijo dulcemente:

—Lo que yo quiero es que me des tu palabra de que no vas a hacer una tontería —y se abrazó a él.

—No tengas miedo. Todavía no se ha perdido la guerra y...

—¿Y si estuviera ya perdida, Federico? —insistió Matilde—. Tú eres demasiado inteligente para creer que la situación puede cambiar de la noche a la mañana por una especie de milagro. Además, tú no crees en milagros, ¿no es así?

Federico sonrió y le acarició los húmedos cabellos.

—Sin embargo, Matilde, hubo una vez un milagro en el que no tuve más remedio que creer. Un milagro del pueblo. Nunca se me olvidarán aquellos días de noviembre.

Matilde movió lentamente la cabeza.

—No, Federico, no. Tú sabes muy bien que esas cosas no pueden repetirse, porque son milagros, por eso mismo.

—¿Quién sabe! Y, bueno, ¿qué entiendes tú por hacer una tontería?

—Hacerte matar a última hora —y los ojos de Matilde se oscurecieron aún más—. Aunque no sea por mí, por tu madre y por tu hermana, ¡por ti mismo! Tú vales más que todas las guerras del mundo.

Federico la estrechó fuertemente. Ella todavía temblaba, de frío y de congoja, y él la retuvo apretada hasta que sintió que se calmaba un poco. Entonces dijo:

—No he pensado nunca en eso, de verdad. Somos muchos todavía para dejarnos coger como conejos. En el peor de los casos, siempre quedará, pienso yo, un boquete por donde escapar.

—Pero tú no has hecho nada malo para tener que huir...

—¿Te parece poco estar tres años pegando tiros contra ellos?

—Bueno, eso no importa. Lo que yo quiero decir es que tú no te has metido con nadie.

Federico le pasó las yemas de sus pulgares por los párpados y le secó las dos lágrimas que asomaban por ellos.

—Mira, aún no se ha dicho la última palabra. Queda tiempo. Hay mucho que hablar todavía, ¿comprendes? ¡Ojalá pudiéramos estar juntos todo ese tiempo! Pero ahora tengo que marcharme. Y eso es lo malo, por lo menos para mí.

Se separó de ella y volvió a recoger su capote, que Matilde le ayudó a ponerse. Después se colocó la gorra, un poco ladeada y caída sobre la ceja izquierda.

—¿Cuándo volverás? —preguntó ella.

—Tal como están las cosas ahora, cualquiera sabe. De todas maneras, lo antes que pueda.

—Bien —y Matilde trató de sonreír.

Se miraban a los ojos, sin poder desprenderse de ese último contacto de la mirada y sin querer dejarse arrastrar por sus sentimientos.

—Volveré, no lo dudes —dijo él, sonriendo también forzadamente, con mucha más tristeza que alegría.

Entonces ella se volvió bruscamente de espaldas a él.

—Sal de prisa. No quiero verte marchar.

Él dudó un instante.

—No te he preguntado todavía cómo está tu chico.

—Bien. Por suerte para él, no se entera de nada —contestó Matilde sin volverse.

Sonó la puerta y luego se oyeron las fuertes pisadas de Federico perderse por el largo corredor del hotel. Matilde aguardó en la misma postura hasta que volvió a posarse el silencio. Entonces se dejó caer llorando ahogadamente sobre la gran cama revuelta.

El teniente Trujillo inició un leve saludo con la mano al ver avanzar hacia él a Federico por el oscuro vestíbulo.

—¡Hola! —exclamó Federico—. ¿Estamos todos?

—No. Faltan Cubas y Casanova.

—¿También Cubas? ¡Vaya, hombre! —Miró la hora en su reloj y, como si pensara en voz alta, añadió—: No estaría mal pasarse por la calle de Fortuny a ver qué noticias hay...

Bien —y se dirigió ya claramente a Trujillo—, quédate tú aquí hasta que yo vuelva, dentro de una hora o cosa así, a recogeros a todos. El que entonces no se encuentre aquí va a tener que volver al frente por sus propios medios. ¿O prefieres acompañarme?

—No, no, me quedo.

—¿Y la parienta?

—Como siempre. Bueno, tengo que contarte lo que me pasó ayer en un puesto de mando cerca de El Escorial... —Bajó la voz y prosiguió—: Estuve a punto de armarla... Pero ya te lo contaré cuando estemos más a gusto, a ver qué te parece. A mí es que cada día me da más asco la retaguardia —y, guiñando un ojo, por último, le preguntó—: ¿Qué, tienes algo de tabaco?

Federico hizo un gesto de contrariedad.

—¿Ya te has fumado la ración?

—Pero, Federico, ¿qué es un paquete de «Negrines» para diez días?

Tras un gesto de resignación, Federico se hurgó en uno de los bolsillos superiores de la guerrera, de donde extrajo fundas retorcidas de cigarrillos con algo de tabaco en el fondo, que Trujillo se apresuró a coger y a desliar sobre la palma de la mano.

—Tendrás que conformarte con esos culines, Trujillo.

—Vale. Nada más verlos se me ha empezado a llenar la boca de agua, hombre.

—Está bien, compañero, pero ¿qué habéis hecho con todo el tabaco que le sacasteis no hace muchos días a los fachas a cambio de papel de fumar y de camisetas?

—Hombre, es el que tenía guardado para traérselo a la parienta. Mi chico necesita leche condensada y sólo se puede conseguir a cambio de tabaco, como tú sabes.

—Ya.

Y, después de darle una amistosa palmada en el hombro, Federico salió a la calle. Junto a la puerta del hotel le aguardaba el Ford 17, pintado a brochazos verdes y marrones. Le faltaban dos portezuelas, tenía rotos todos los vidrios, excepto el parabrisas, y llevaba las cubiertas remendadas con trozos de otras, cosidos con alambre.

Al ver al capitán, el conductor puso en marcha el motor —después de dos o tres golpes fallidos de la manivela—, que carraspeó ásperamente e hizo algunas falsas explosiones antes de dar el tono normal de funcionamiento.

—Vamos a la calle de Fortuny, Tomás —dijo Federico, sentándose junto al conductor. El coche avanzó bamboleándose. Las sombras se encajonaban en aquella estrecha calle; pero, al salir a la carrera de San Jerónimo la noche era menos densa por las espolvoreadas claridades que caían de las alturas. Circulaba muy poca gente, grupos de militares más que nada, pegada a las fachadas de las casas. En algunas esquinas brillaban débilmente algunas lámparas pintarrajeadas de azul o rojo.

El coche, sin luz en los rotos faros, comenzó a correr cuesta abajo.

—Afloja, Tomás, que nos vamos a romper la crisma o nos vamos a llevar a alguien por delante —dijo Federico al conductor.

Tomás, que llevaba la cabeza por fuera para ver mejor, contestó:

—Lo mejor es dejarlo a su aire. Los frenos no funcionan, pero le he metido la primera.

Pasaron dando tumbos por delante del Palace Hotel, convertido en hospital de sangre, a cuya puerta se congregaban algunos hombres y ambulancias de servicio. Todo apagado por fuera, dejaba entrever, sin embargo, una macilenta iluminación al fondo de su gran vestíbulo.

La plaza de Neptuno estaba a oscuras y desierta. Por la de Cibeles cruzaban algunos tranvías chirriantes, y entraban y salían coches del Ministerio de la Guerra, con prisas y apagados los faros. La diosa y su carro yacían ocultos tras su coraza de ladrillos y cemento contra los bombardeos. Muchas de las ventanas del Palacio de Comunicaciones estaban cegadas por sacos terreros y sólo algunas de la planta baja dejaban escapar un débil fulgor. El entronque de la Gran Vía y la calle de Alcalá semejaba una rambla donde confluyesen dos secas torrenteras. En balcones, puertas y ventanas se coagulaba la negrura.

Pese a la rapidez de la marcha, Federico creyó advertir un silencioso y extraño movimiento de parejas armadas en torno a los grandes edificios oficiales y en las desembocaduras de las avenidas que allí se cruzaban. Tanto en la escalinata del Palacio de Comunicaciones como en los alrededores del Banco de España se dejaban ver numerosos retenes de tropa. Y, nada más llegar a la plaza de Colón, se tropezaron con camiones cargados de soldados. Los vehículos marchaban sin luces y los hombres iban en silencio. Los últimos de cada camión llevaban las piernas colgando y, sobre ellas, el fusil.

—Me parece que esta noche va a haber tomate —murmuró Federico, arrebujiándose más en el capote—. Ten cui-

dado no nos aplaste alguno, Tomás.

El conductor guardó silencio, todo ojos y atención a los peligros de la carrera a oscuras. Corría un viento frío que hacía lagrimear sus ojos.

Más soldados silenciosos, y como cansados, en las esquinas, y sombras movedizas de mal augurio por entre los árboles del paseo.

—Será que el enemigo prepara algún golpe gordo —dijo Tomás después de rematar el giro a la izquierda y embocar una calle ascendente.

—Sí, pero...

Federico, sumido en sus cavilaciones, hizo una ligera pausa para continuar después:

—Como no sea que se tema un ataque en combinación con los de dentro... Tenemos ahora muchos enemigos en casa.

—Que si tenemos... Cada día más. Como que en cuanto nos descuidemos un poco, nos comen. Si dependiera de mí...

—¿Qué harías?

—¿Qué que haría? Pues llevarme a fortificar a todos estos tipos que andan por la retaguardia. ¡La madre que los parió! Y de pronto gritó:

—¡Dios!

Era un bulto humano, que saliendo inopinadamente de entre las sombras, se había echado casi encima del coche. Tuvo que hacer Tomás un rápido zigzag para no aplastarlo.

—¡Para! —ordenó Federico, saltando al suelo con la pistola empuñada.

Al oír su enérgica voz, el hombre que había surgido así de la oscuridad, se quedó quieto, esperando. El coche no se había detenido aún.

—¿Qué querías hacer? —preguntó Federico, apuntando al desconocido a menos de medio metro de distancia.

—Nada. Es que venía corriendo y no vi el coche.

—Conque corriendo, ¿eh? ¿Quién eres?

El desconocido dio un nombre entre dientes. Iba vestido con mono y zamarra, y se veía que era un muchacho de menos de veinte años, muy delgado. En medio de la oscuridad era difícil distinguir si sus ojos denotaban miedo u odio.

—¡A ver la documentación! —insistió Federico—. Y no me hagas ningún extraño, porque te frío.

El otro se desabrochó la zamarra y de un bolsillo superior del mono extrajo un papel, diciendo:

—Es el certificado del CRIM. Pertenezco a servicios auxiliares y estoy destinado allí.

—No te digo... Conque de servicios auxiliares y enchufado en el mismo centro de reclutamiento, ¿eh?

El muchacho no contestó y Federico, después de comprobar a medias los sellos del papel, se lo devolvió.

—¿Y adónde ibas tan corriendo?

—A mi casa. Vivo en la calle de Serrano.

—¿Y desde Pacífico te diriges a Serrano por aquí?

—Es que he ido a llevarle antes medio chusco de mi ración a un tío mío que vive aquí —contestó, ya con voz más tranquila, e indicó el edificio que tenía a la espalda.

Federico le palpó por encima y le registró los bolsillos, sin resultado. A pesar de ello, no se daba por satisfecho. Por el fruncimiento de sus cejas se advertía que luchaba con una duda pertinaz.

—A mí no me la das —le dijo al fin—. Tú eres de la quinta columna.

—Le juro que no, mi capitán. Si quiere...

—Y ese tío de quien hablas, no sé si será tu tío de verdad, pero de lo que sí estoy seguro es de que es también un emboscado.

—Si quiere, podemos ir al CRIM para comprobar lo que le he dicho.

—¡Menuda madriguera de fachas es el CRIM! Si vamos, el que se queda allí soy yo.